

El pobre turista

por Jacobo Danke.

Hace poco tuvimos necesidad de encontrar otra que abriera la puerta.
de dirigirse a Valparaíso. Nun-
ca pensamos que tan breve via-
je iba a estar salpicado de tan-
tas aventuras. Económicas, se
entende.

Llegados que hubimos a Estación Puerto, una horda de en-
tredos de hotel se nos echó
encima. Para poderlos librar
de esa especie de embalamo.—
pues uno nos tronaba el valijón,
otro nos arrebataba la valija,
y allí corrían, otro ya nos
tenía en taxi contratada, otro
nos había cogido de la mano y
nos arrastraba a viva fuerza.—
aceptamos al que más nos re-
mandaba, y nos colamos en un
auto. Dos cuadras de recorrido.
Desembarcamos: "¿Cuánto?". "Diez
pesos, señor". "¿Cómo diez pe-
sos?". "¡Sí de aquí a la esta-
ción hay apenas dos cuadras!".
"Es la tarifa, señor". Rastina-
ción. En el hotel — que no
brillaba por la austeridad y la
higiene, a pesar de hallarse en
pleno centro — así nos volvi-
mos locos. Hora de almuerzo.
"¿Puede traernos esto?". "¡No
hay!". "¿Pueden traernos me-
da botella de vino?". "¡No hay
medias; hay grandes, no más!".
Aburridos una noche resolvimos
comer fuera. La camarera del
restaurant muy simpática y obs-
equiosa: "¿Qué vino quiere?".
"De tal precio". Aparte el vi-
no... ¡Igual le han arrancado
el precio de venta, que va es-
tampado en la etiqueta! Vuel-
tos al hotel, la camarera se ha-
bía marchado con la llave del
cuarto nuestro y hubo que re-
volucionar la cerradura antes de

Los días después, decidimos
regresar a Santiago. Valparaíso
estaba divino, saturado de aire
puro, maravilloso. Pero, era
preferible venir a enterrarse en
la bozota de la capital, antes
que una nueva aventura y más
desagradable terminara con el
resto de nuestra tranquilidad.
En el hotel nos pisaron una
cuanta minutucialima, abullada
de inmuebles, especificaciones,
etc. Y, además, nos cobraban
las dichas frías que nos ha-
bíamos precipitado en las ma-
ñanas!

Llamé al ferrocarril, co-
mentémosle "Total el dinero
que se ha tratado de excluir,
no ha sido la Empresa de los
R.F. CC.". Pronto nos descon-
fiamos. El andén estaba
atestado de viajeros. Después de
un cuarto de hora, el convoy se
colocó. Atrapellos. Confusión.
En el vagón, respiramos honda-
mente. ¿Pero, qué de raro tie-
ne el coche? ¡Pero que no
fuera de primera clase. Me-
ramos por la ventanilla. Di-
ce claramente la clase. Un pi-
tazo. Tres cuartos de hora de
viaje. Aparece el inspector co-
mo anunciando un hecho apo-
cáptico: "Señores, este coche
es de IIª. El que desea pasar
se a Iª...". Nosotros caemos
asustados en el asiento.

¿Hay o no razón para que los
turistas, especialmente los ex-
tranjeros, comiencen a desear
de nuestros principales centros
de atracción?

J. D.

El pobre turista. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1939

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El pobre turista. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa